

TEXTO

«[...] Mucho me han gustado los propósitos que ha hecho para este año [...], pues a eso se reduce todo nuestro aprovechamiento: a amar cada vez con mayor perfección y sin interrupción a N. S. y adherirnos a Él, como quiera que nos trate, no buscando nuestras propias conveniencias, sino darle gusto a Él y cumplir la voluntad del Padre. Ánimo, pues, hija mía, y siga dócil a las insinuaciones del Divino Espíritu, que cada vez más le irá haciendo sentir sus toques amorosos que matando dan nueva vida.

Déle al Señor muchas gracias si de mis pobres palabras quiere servirse para animarla, pues de Él sólo puede venirles la eficacia que para su alma tengan. Pues Él así lo dispone para bien de todos los miembros de su Iglesia: el que unos reciban por este o el otro conducto las luces y gracias que han menester. Y en esto se conoce que tal es el verdadero instrumento de la acción de Jesús entre nosotros: el que sus palabras tengan eficacia, mientras otras no la tienen» (*Carta a la M. María Magdalena*, del 27 de enero de 1923).

Este Boletín se distribuye gratuitamente.
Quien desee recibirlo puede solicitarlo a:

VIDA SOBRENATURAL
Convento de San Esteban
Apartado 17
37080 – Salamanca

E-mail: vidasobrenatural@fatse.org
Tel: (923) 21 50 00

Si desea ayudar, con su limosna, a sufragar los gastos de edición de esta publicación puede hacerlo por giro postal o transferencia bancaria a la c/c nº **0182- 3726- 11-020-050062- 9**, del **BBVA**.

Biografías sobre el P. Arintero

- A. ALONSO LOBO, *El P. Arintero, precursor clarividente del Concilio Vaticano II*, Salamanca 1970 (10 €, más gastos de envío).
A. BANDERA, *El P. Juan G.-Arintero. Una vida de santidad*, Salamanca 1992 (35 €, más gastos de envío).
M. A. MARTÍNEZ, O.P., *El P. Arintero, «restaurador de la Mística en España»* (Celebraciones vivas de los santos 65), Burgos 2004, 48 pp. (3 €, más gastos de envío)

Están disponibles estampas y devocionarios del *Amor Misericordioso* y de *María Mediadora*.

P. Juan G. Arintero, O.P.

–Apóstol del Amor Misericordioso–

Boletín Informativo

Año V –nº 13–Enero-Abril 2010

Causa de Canonización

Promotor: Fr. Manuel Ángel Martínez Juan, O.P.

«*Deseo a Nuestro Señor, deseo amarle y que muchos le amen*» (P. Arintero).

EDITORIAL

La caridad en la experiencia espiritual del P. Arintero

La caridad es la prueba de la calidad de la vida cristiana y la máxima expresión de la santidad de una persona. Los santos lo son precisamente por poner en práctica, con todas sus fuerzas, el doble mandamiento de amar a Dios y al prójimo. Si Dios es amor, como nos enseña san Juan, la caridad auténtica nos hace semejantes a Él, nos hace participar ya desde ahora de su misma vida. Como san Juan, nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene viéndolo encarnado en su Hijo Jesucristo. La vida de los santos es un reflejo de ese amor de Dios encarnado.

La caridad del P. Arintero puede resumirse en una de sus frases que dice así: «Deseo a Nuestro Señor, deseo amarle y que muchos le amen; y a este fin trabajar por encender en cuantos pueda el fuego de su amor». En general los santos siempre han dudado de su propio amor a Dios. Lo mismo le ocurrió al P. Arintero, y así lo captó su primer biógrafo al decir de él que «lejos de presumir el bendito P. Arintero, nada bueno apenas veía en sí mismo. Todo lo hacía por puro amor de Dios hasta con voto expreso [...]; y sin embargo, le costaba mucho trabajo creer que realmente lo amaba». Pocos años antes de su muerte y animado por la religiosa pasionista, M. María Magdalena de Jesús Sacramentado, se comprometió con voto a amar a Dios. Tres años antes de morir el P. Arintero le escribió a una religiosa diciéndole: «Trabajando por su amor es como espero que ese amor prenda en mi alma y la santifique; que sino lo veo imposible, según lo frío que me siento para todo lo bueno... pero me fío de la misericordia de Dios, y

cada vez que me acuerdo del voto de amor, lo ratifico; pues sí, quiero ser fiel, aunque lo olvido».

En sus propósitos aparece con frecuencia el de «agradar a Dios en todo» para vivir en su amor. Y sabía muy bien que nuestra principal forma de agradar a Dios consiste en amarlo de todo corazón. Por eso se propuso hacer todas las cosas por amor a Dios. Este amor impregnaba todas sus obras: sus conversaciones, sus cartas, sus libros y demás escritos. De este modo quería corresponder al amor de Dios, del que siempre estuvo convencido y del que decía que «era todo misericordia». Además, el P. Arintero entendía la mística como la puesta en práctica del primer mandamiento del decálogo.

Su amor al prójimo tenemos que enmarcarlo en el contexto de su vocación de fraile predicador. Desde esta perspectiva su caridad fraterna se concreta especialmente en la predicación del evangelio, contemplado y vivido primero en propia carne. La dirección espiritual forma parte de este ministerio apostólico. A ella consagró tiempos y esfuerzos que sólo Dios conoce a fondo, pero que se reflejan también en su enorme correspondencia, sus numerosos viajes para atender a personas o grupos de personas. Este apostolado le ocasionó a veces no pocos disgustos. Algunos de sus contemporáneos dicen de él que por ayudar a una persona cualquiera soportaba todos los desprecios y se imponía los sacrificios que fueran necesarios, incluso el de poner en peligro y comprometer la buena reputación que se había ganado como maestro espiritual. Fue precisamente esta preocupación apostólica la que le decidió a tomarse muy en serio la dirección espiritual de numerosas personas. Aunque las religiosas fueron el grupo mayoritario de personas dirigidas por él, no puso límites de ningún tipo. Y de hecho en Bilbao había un nutrido grupo de seglares a los que atendía, viajando frecuentemente a esta ciudad. La razón de este ministerio no fue otra la caridad evangélica.

Pero su amor no se limitaba solamente a los aspectos más espirituales, sino que descendía, en la medida de sus posibilidades, también a los aspectos materiales y necesarios. Su preocupación por los pobres se concretaba en el gesto de apartar para ellos cada día una porción de la comida que él recibía ya servida.

Siguiendo el mandato evangélico, extendía su caridad a los adversarios de sus doctrinas, buscando siempre la paz y la concordia con

ellos, aunque sin renunciar a lo que él creía que era la verdad. Nunca tuvo una palabra amarga contra quienes hablaban mal de él. Al contrario, sabía reconocer sus valores y oraba por ellos. Mons. Albino G. Menéndez-Reigada dice de él lo siguiente: «Perdonó de todo corazón a sus adversarios. Jamás conservaba recuerdo de las injurias o de las molestias que hubieran podido causarle y ponía en acción todos los medios para reconciliarse con ellos».

Y en el mismo sentido, dice la M. María Magdalena: «Observé que hablaba bien de las personas que habían despreciado sus doctrinas o su persona. Me consta que oraba por sus antagonistas y los amaba». En el lecho de muerte pidió perdón a los Padres Carmelitas con quienes había polemizado sobre el tema de la contemplación, también a los frailes de su propia comunidad de San Esteban de Salamanca y a la comunidad de religiosas de la Visitación de la misma ciudad.

En un artículo publicado en la revista *Vida Sobrenatural*, la M. María Magdalena, que trató de cerca al P. Arintero, dice de él que fue un hombre grande, no porque fue sabio, o porque trabajó mucho, sino sólo porque amó mucho a Dios. Y exclama: «¡A cuántas almas le ha abierto la puerta de la salvación con aquellas llaves que le habían suministrado primero la ciencia y luego el Amor!»

Oración (para uso privado)

Padre lleno de amor y Dios de infinita misericordia, acuérdate del celo ardiente que abrasaba a tu hijo *Juan González Arintero* por dar a conocer el Amor Misericordioso de tu Divino Corazón, y concédeme por su intercesión la gracia que humildemente te pido como signo de tu voluntad de glorificar al que tanto trabajó para que en todo el mundo fuese *conocido, amado, imitado y ofrecido* tu amado Hijo Jesús como Amor Misericordioso. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

Pídase la gracia que se desea alcanzar...

Padrenuestro, Ave María y Gloria.

Comunique las gracias y favores recibidos

N.B. De conformidad con los decretos de Urbano VIII, en nada se pretende prevenir el juicio de la Iglesia.